



Observatorio Exterior

Julio 2014

KENIA

“La violencia amenaza la bonanza”



El terrorismo protagoniza la actualidad política de Kenia, ya que desde octubre del 2011-fecha en que el ejército de Kenia invadió el sur de Somalia- se contabilizan más de un centenar de ataques terroristas en suelo keniano. El gobierno ha respondido con una sucesión de planes de seguridad. Su éxito por el momento ha sido limitado, a pesar de la movilización de miles de policías, de los arrestos en masa (se estima que se han detenido a más de 5.000 somalíes y musulmanes), y de la expulsión de cientos de somalíes del país.



Para el presidente Kenyatta, el éxito en este ámbito es crucial, en primer lugar por el inmenso sufrimiento que causan estos ataques a la sociedad keniano. En segundo lugar, porque afecta al turismo y las inversiones extranjeras, ambos vitales para la economía nacional. Por último, la campaña electoral de Kenyatta en 2013 se apoyó en promesas de estabilidad política y seguridad. Por todo eso el gobierno ha optado por una posición muy dura contra todo lo que considera sospechoso de terrorismo.

El gobierno actual se sostiene sobre una coalición entre el propio Kenyatta, líder de la etnia kikuyu, y el vicepresidente Ruto, líder de los kalenji. Su estabilidad es frágil dado el tradicional enfrentamiento entre ambas comunidades. Por tanto, y aunque resulte relativamente paradójico, al presidente no le resulta políticamente inconveniente de momento la existencia de un clima de cierta tensión contra un enemigo común para así mantener prietas las filas en la coalición de gobierno.

Los brotes de violencia puntuales no son circunstancia extraña para los kenianos, y en algunas ocasiones han amenazado con derivar en guerra civil. La última crisis de gravedad sucedió en 2007, cuando un enfrentamiento entre candidatos tras unas elecciones presidenciales situó a la nación al borde del conflicto generalizado. Además del desastre humano por los 1.300 muertos, la economía del país se vio muy dañada.

Desde entonces se ha mantenido en general la paz y la estabilidad, elementos que han sido fundamentales para recuperar el esperanzador ritmo de desarrollo.



El proceso de revisión estadística que Kenia está llevando a cabo podría constatar que ha alcanzado ya el deseado estatus de nación de renta media. Este hito confirmaría el progreso keniano, un país que brilla con luz propia dentro de lo que se conoce como el auge africano. El logro tiene especial mérito si se tiene en cuenta que Kenia no disfruta de las explotaciones petroleras que han

disparado las rentas de otras naciones africanas. De hecho, el desarrollo keniano tiene unas bases económicas mucho más sólidas, con una buena diversificación y hasta alta sofisticación de algunos ramos como telecomunicaciones o finanzas. Los avances de esta economía no han pasado inadvertidos para los inversores internacionales, que han apostado por Kenia como un 'mercado frontera' a su juicio interesante.

Todo esto dibuja en definitiva un panorama complejo, con muchos motivos para el optimismo, ya que Kenia es una democracia frágil pero relativamente funcional, con una economía diversificada que crece, que cuenta con iniciativa privada y con un crecimiento que sí beneficia -un poco- a los más pobres. Además, existe un sistema financiero relativamente desarrollado, y buenas perspectivas económicas en parte alentadas por nuevos descubrimientos de materias primas (hidrocarburos, minerales y pozos de agua). Sin embargo, los problemas de seguridad invitan a la duda, en primer lugar por los efectos desestabilizadores sobre la convivencia entre comunidades, y también porque los déficits público y por cuenta corriente pueden dispararse todavía más si se hunden los ingresos por turismo. Por el momento el país crece y los riesgos permanecen bajo relativo control, pero el gobierno tendrá que maniobrar con mucha pericia para afrontar con éxito las amenazas de seguridad y, al tiempo, poner orden en las cuentas públicas y exteriores.

